BENEDETTI — FELISBERTO HERNÁNDEZ — CARLOS
NEZ MORENO — JUAN C. ONETTI — ARMONIA SOMERS

MONTEVIDEO EN CUENTOS



MONTEVIDEO EN CUENTOS

No es Montevideo un damero de calles, una arbitraria arquitectura, extendidas barriadas, una línea encomiada de playas, luces, ruidos, carteles, solamente. Es, por quienes han creado todo esto y en este ambiente viven, una sociedad urbana. Como tal una asociación de seres humanos imbricados en una compleja estructura espiritual donde convive pasado y futuro, un abanico de influencias, una red de problemas y una voluntad de supervivencia.

Sociólogos, políticos, economistas, sacerdotes, psicólogos, y tantos más, se esfuerzan por develarnos la contextura íntima de este conjunto humano situado donde se corta la circunstancia viva de su historia con el enclave físico construido y nos proporcionan diversas y muchas veces contradictorias explicaciones. Esa tarea es también la de los escritores: quizás sea su más alta misión, la más difícil, porque deben cumplirla ofreciéndonos su obra en el riguroso reino del arte.

A entender ese espíritu que llamamos, por comodidad, Montevideo, está destinada la antología que sigue. No pretende describir el marco físico, sino asediar el espíritu que lo anima en esta época que nos toca vivirlo. Por eso hemos congregado cinco autores muy disímiles pero de probada exigencia creativa, que por el régimen del muestreo nos sitúen en la perspectiva problemática de nuestra sociedad montevideana y puedan dar la pauta de los otros narradores que las limitaciones del Cuaderno no permiten reunir.

De Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno y Armonía Somers, ofrecemos sendos cuentos inéditos que muestran, respectivamente: la manera adulta de enfrentar a la muerte vecina en una experiencia de total ineditez; la refracción sobre la infancia, en el período de la formación psicológica, de los valores tácitos de una sociedad; la biografía de un ser humano a través de los objetos que va usando desde sus orígenes hasta su fin.

De Felisberto Hernández uno de los cuentos que recogió en Nadie encendía las lámparas, *testimonio del acoso de la ciudad publicitaria. De Juan Carlos Onetti un cuento publicado en 1944 y tan desconocido que el propio autor, a partir de un borrador, de "La larga historia", habría de escribir años después el tenso relato* La cara de la desgracia.

Estos cinco escritores apuntan a territorios muy distintos, inmersos en realidades profundas disímiles, que elaboran con sensibilidad y con alto dominio literario, son ellos mismos muy diferentes por temperamento, educación y orientación estética. Pero para quien sepa leer, entre estos puntos dispares queda tendida una sombra que emana el ardor, la angustia, la secreta vida del Montevideo que a todos nos toca.

A. R.

Mario Benedetti

La muerte

Conviene que te prepares para lo peor.

Así, en la entonación preocupada y amiga de Octavio, no sólo médico sino sobre todo ex compañero de liceo, la frase socorrida, casi sin detenerse en el oído de Mariano, había repercutido en su vientre, allí donde el dolor insistía desde hacía cuatro semanas. En aquel instante había disimulado, había sonreído amargamente, y hasta había dicho: "No te preocupes, hace mucho que estoy preparado". Mentira, no lo estaba, no lo había estado nunca. Cuando le había pedido encarecidamente a Octavio que, en mérito a su antigua amistad ("te juro que yo sería capaz de hacer lo mismo contigo"), le dijera el diagnóstico verdadero, lo había hecho con la secreta esperanza de que el viejo camarada le dijera la verdad, sí, pero que esa verdad fuera su salvación y no su condena. Pero Octavio había tomado al pie de la letra su apelación al antiguo afecto que los unía, le había consagrado una hora y media de su acosado tiempo para examinarlo y reexaminarlo, y luego, con los ojos inevitablemente húmedos tras los gruesos cristales, había empezado a dorarle la píldora: "Es imposible decirte desde ya de qué se trata. Habrá que hacer análisis, radiografías, una completa historia clínica. Y eso va a demorar un poco. Lo único que podría decirte es que de este primer examen no saco una buena impresión. Te descuidaste mucho. Debías haberme visto no bien sentiste la primera molestia". Y luego el anuncio del primer golpe directo: "Ya que me pedís, en nombre de nuestra amistad, que sea estrictamente sincero contigo, te diría que, por las dudas...". Y se había detenido, se había quitado los anteojos, y los había limpiado con el borde de la túnica. Un gesto escasamente profiláctico, había alcanzado a pensar Mariano en medio de su desgarrada expectativa. "Por las dudas ¿qué?", preguntó, tratando de que el tono fuera sobrio, casi indiferente. Y ahí se desplomó el cielo: "Conviene que te prepares para lo peor".

De eso hacía nueve días. Después vino la serie de análisis, radiografías, etc. Había aguantado los pinchazos y las propias desnudeces con una entereza de la que no se creía capaz. En una sola ocasión, cuando volvió a su casa y se encontró solo (Águeda había salido con los chicos, su padre estaba en el Interior), había perdido todo dominio de sí mismo, y allí, de pie, frente a la ventana abierta de par en par, en su estudio inundado por el más espléndido sol de otoño, había llorado como una criatura, sin molestarse siquiera en enjugarse sus lágrimas. Esperanza, esperanzas, hay esperanza, hay esperanzas, unas veces en singular y otras en plural; Octavio se lo había repetido de cien modos distintos, con sonrisas, con bromas, con piedad, con palmadas amistosas, con semiabrazos, con recuerdos del liceo, con saludos a Águeda, con ceño escéptico, con ojos entornados, con tics nerviosos, con preguntas sobre los chicos. Seguramente estaba arrepentido de haber sido brutalmente sincero y quería de

algún modo amortiguar los efectos del golpe. Seguramente. Pero ¿y si hubiera esperanzas? O una sola. Alcanzaba con una escueta esperanza, una diminuta esperancita en mínimo singular. ¿Y si los análisis, las placas, y otros fastidios, decían al fin en su lenguaje esotérico, en su profecía en clave, que la vida tenía permiso para unos años más? No pedía mucho: cinco años, mejor diez. Ahora que atravesaba la Plaza Independencia para encontrarse con Octavio y su veredicto final (condena o aplazamiento o absolución), sentía que esas singulares y plurales de la esperanza habían, pese a todo, germinado en él. Quizá ello se debía a que el dolor había disminuido considerablemente, aunque no se le ocultaba que acaso tuvieran algo que ver con ese alivio las pastillas recetadas por Octavio e ingeridas puntualmente por él. Pero, mientras tanto, al acercarse a la meta, su expectativa se volvía casi insoportable. En determinado instante, se le aflojaron las piernas; se dijo que no podía llegar al consultorio en ese estado, y decidió sentarse en un banco de la plaza. Rechazó con la cabeza la oferta del lustrabotas (no se sentía con fuerzas como para entablar el consabido diálogo sobre el tiempo y la inflación), y esperó a tranquilizarse. Águeda y Susana. Susana y Águeda. ¿Cuál sería el orden preferencial? ¿Ni siquiera en este instante era capaz de decidirlo? Águeda era la comprensión y la incomprensión ya estratificadas; la frontera ya sin litigios; el presente repetido (pero también había una calidez insustituible en la repetición); los años y años de pronosticarse mutuamente, de saberse de memoria; los dos hijos, los dos hijos. Susana era la clandestinidad, la sorpresa (pero también la sorpresa iba evolucionando hacia el hábito), las zonas de vida desconocida, no compartidas, en sombra; la reyerta y la reconciliación conmovedora; los celos conservadores y los celos revolucionarios; la frontera indecisa, la caricia nueva (que insensiblemente se iba pareciendo al gesto repetido), el no pronosticarse sino adivinarse, el no saberse de memoria sino de intuición. Águeda y Susana. Susana y Águeda. No podía decidirlo. Y no podía (acababa de advertirlo en el preciso instante en que debió saludar con la mano a un antiguo compañero de trabajo), sencillamente porque pensaba en ellas como zonas suyas, como sectores de Mariano Ojeda, y no como vidas independientes, como seres que vivían por cuenta y riesgo propios. Águeda y Susana, Susana y Águeda, eran en este instante partes de su organismo, tan suyas como esa abyecta, fatigada entraña que le amenazaba. Además estaban Coco, y sobre todo Selvita, claro, pero él no quería, no, no quería, no, no quería ahora pensar en los chicos, aunque se daba cuenta de que en algún momento tendría que afrontarlo, no quería pensar porque entonces sí se derrumbaría y ni siquiera tendría fuerzas para llegar al consultorio. Había que ser honesto, sin embargo, y reconocer de antemano que allí iba a ser menos egoísta, más increíblemente generoso, porque si se destrozaba en ese pensamiento (y seguramente se iba a destrozar) no sería pensando en sí mismo sino en ellos, o por lo menos más en ellos que en sí mismo, más en la novata tristeza que los acechaba que en la propia veterana noción de quedarse sin ellos. Sin ellos, bah, sin nadie, sin nada. Sin los hijos, sin la mujer, sin la amante. Pero también sin el sol, este sol; sin esas nubes flacas, esmirriadas, a tono con el país; sin esos pobres, avergonzados, legítimos restos de la Pasiva; sin la rutina (bendita, querida, dulce, afrodisíaca, abrigada, perfecta rutina) de la Caja Nº 3 y sus arqueos y sus largamente buscadas pero siempre halladas diferencias; sin su minuciosa lectura del diario en el café, junto al gran ventanal de Andes; sin su cruce de bromas con el mozo; sin los vértigos dulzones que sobrevienen al mirar el mar y sobre todo al mirar el cielo; sin esta gente apurada, feliz porque no sabe nada de sí misma, que corre

a mentirse, a asegurar su butaca en la eternidad o a comentar el encantador heroísmo de los *otros;* sin descanso como bálsamo; sin los libros como borrachera; sin el alcohol como resorte; sin el sueño como muerte; sin la vida como vigilia; sin la vida, simplemente.

Ahí tocó fondo su desesperación, y, paradójicamente, eso mismo le permitió rehacerse. Se puso de pie, comprobó que las piernas le respondían, y acabó de cruzar la plaza. Entró en el café, pidió un cortado, lo tomó lentamente, sin agitación exterior ni interior, con la mente poco menos que en blanco. Vio cómo el sol se debilitaba, cómo iban desapareciendo sus últimas estrías. Antes de que se encendieran los focos del alumbrado pagó su consumición, dejó la propina de siempre, y caminó cuatro cuadras, dobló por Río Negro a la derecha, y a mitad de cuadra se detuvo, subió hasta un quinto piso, y oprimió el botón del timbre junto a la chapita de bronce: Dr. Octavio Massa, médico.

—Lo que me temía.

Lo que me temía era, en estas circunstancias, sinónimo de lo peor. Octavio había hablado larga, calmosamente, había recurrido sin duda a su mejor repertorio en materia de consuelo y confortación, pero Mariano lo había oído en silencio, incluso con una sonrisa estable que no tenía por objeto desorientar a su amigo, pero que con seguridad lo había desorientado. "Pero si estoy bien", dijo tan sólo, cuando Octavio lo interrogó, preocupado. "Además", dijo el médico, con el tono de quien extrae de la manga un naipe oculto, "además vamos a hacer todo lo que sea necesario, y estoy seguro, entendés, seguro, que una operación sería un éxito. Por otra parte, no hay demasiada urgencia. Tenemos por lo menos un par de semanas para fortalecerte con calma, con paciencia, con regularidad. No te digo que debas alegrarte, Mariano, ni despreocuparte, pero tampoco es para tomarlo a la tremenda. Hoy en día estamos mucho mejor armados para luchar contra...". Y así sucesivamente. Mariano sintió de pronto una implacable urgencia en abandonar el consultorio, no precisamente para volver a la desesperación. La seguridad del diagnóstico le había provocado, era increíble, una sensación de alivio, pero también la necesidad de estar solo, algo así como una ansiosa curiosidad por disfrutar la nueva certeza. Así, mientras Octavio seguía diciendo: "...y además da la casualidad que soy bastante amigo del médico de tu Banco, así que no habrá ningún inconveniente para que te tomes todo el tiempo necesario y...", Mariano sonreía, y no era la suya una sonrisa amarga, resentida, sino (por primera vez en muchos días) de algún modo satisfecha, conforme.

Desde que salió del ascensor y vio nuevamente la calle, se enfrentó a un estado de ánimo que le pareció una revelación. Era de noche, claro, pero ¿por qué las luces quedaban tan lejos? ¿por qué no entendía, ni quería entender, la leyenda móvil del letrero luminoso que estaba frente a él? La calle era un gran canal, sí, pero ¿por qué esas figuras, que pasaban a medio metro de su mano, eran sin embargo imágenes desprendidas, como percibidas en un film que tuviera color, pero que en cambio se beneficiara (porque en realidad era una mejora) con una banda sonora sin ajustes, en la que cada ruido llegaba a él como a través de infinitos intermediarios, hasta dejar en sus oídos sólo un amortiguado eco de otros ecos amortiguados? La calle era un canal cada vez más ancho, de acuerdo, pero ¿por qué las casas de enfrente se empequeñecían hasta abandonarlo, hasta dejarlo enclaustrado en su estupefacción? Un canal, nada menos que un canal, pero ¿por qué los focos de los autos que se acercaban velozmente, se iban reduciendo, reduciendo hasta parecer linternas de bolsillo? Tuvo la sensación de que la

baldosa que pisaba se convertía de pronto en una isla, una baldosa ardiente que era higiénicamente discriminada por las baldosas saludables. Tuvo la sensación de que los objetos se iban, se apartaban rápidamente de él, pero sin admitir que se apartaban. Una fuga hipócrita, eso mismo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? De todos modos, aquella vertiginosa huida de las cosas y de los seres del suelo y del cielo, le daba una suerte de poder. ¿Y esto podía ser la muerte, nada más que esto?, pensó con inesperada avidez. Sin embargo, estaba vivo. Ni Águeda, ni Susana, ni Coco, ni Selvita, ni Octavio, ni su padre en el Interior, ni la Caja Nº 3. Sólo ese foco de luz, enorme, enorme al principio, que venía quién sabe de dónde, no tan enorme después, valía la pena dejar la isla baldosa, más chico luego, valía la pena afrontarlo todo en medio de la calle, pequeño, más pequeño, sí, insignificante, aquí mismo, no importa que los demás huyan, si el foco, el foquito, se acerca alejándose, aquí mismo, aquí mismo, la linternita, la luciérnaga, cada vez más lejos y más cerca, a diez kilómetros y también a diez centímetros de unos ojos que nunca más habrán de encandilarse.

Felisberto Hernández

Muebles "El Canario"

La propaganda de estos muebles me tomó desprevenido. Yo había ido a pasar un mes de vacaciones a un lugar cercano y no había querido enterarme de lo que ocurriera en la ciudad. Cuando llegué de vuelta hacía mucho calor y esa misma noche fui a una playa. Volví a mi pieza más bien temprano y un poco malhumorado por lo que me había ocurrido en el tranvía. Lo tomé en la playa y me tocó sentarme en un lugar que daba al pasillo. Como todavía hacía mucho calor, había puesto mi saco en las rodillas y traía los brazos al aire, pues mi camisa era de manga corta. Entre las personas que andaban por el pasillo hubo una que de pronto me dijo:

—Con su permiso, por favor...

Y yo respondí con rapidez:

—Es de usted.

Pero no sólo no comprendí lo que pasaba sino que me asusté. En ese instante ocurrieron muchas cosas. La primera fue que aun cuando ese señor no había terminado de pedirme permiso, y mientras yo le contestaba, él ya me frotaba el brazo desnudo con algo frío que no sé por qué creí que fuera saliva. Y cuando yo había terminado de decir "es de usted" ya sentí un pinchazo y vi una jeringa grande con letras. Al mismo tiempo una gorda que iba en otro asiento decía:

—Después a mí.

Yo debo haber hecho un movimiento brusco con el brazo, porque el hombre de la jeringa dijo:

—¡Ah!, lo voy a lastimar... quieto un...

Pronto sacó la jeringa en medio de la sonrisa de otros pasajeros que habían visto mi cara. Después empezó a frotar el brazo de la gorda y ella miraba operar muy complacida. A pesar de que la

jeringa era grande, sólo echaba un pequeño chorro con un golpe de resorte. Entonces leí las letras amarillas que había a lo largo del tubo: *Muebles "El Canario"*. Después me dio vergüenza preguntar de qué se trataba y decidí enterarme al otro día por los diarios. Pero apenas bajé del tranvía pensé: "No podrá ser un fortificante; tendrá que ser algo que deje consecuencias visibles si realmente se trata de una propaganda". Sin embargo, yo no sabía bien de qué se trataba; pero estaba muy cansado y me empeciné en no hacer caso. De cualquier manera estaba seguro de que no se permitiría dopar al público con ninguna droga. Antes de dormirme pensé que a lo mejor habrían querido producir algún estado físico de placer o bienestar. Todavía no había pasado al sueño cuando oí en mí el canto de un pajarito. No tenía la calidad de algo recordado ni del sonido que nos llega de afuera. Era anormal como una enfermedad nueva; pero también había un matiz irónico; como si la enfermedad se sintiera contenta y se hubiera puesto a cantar. Estas sensaciones pasaron rápidamente y en seguida apareció algo más concreto: oí sonar en mi cabeza una voz que decía:

—Hola, hola; transmite difusora "El Canario"... hola, hola, audición especial. Las personas sensibilizadas para estas transmisiones... etc., etc.

Todo esto lo oía de pie, descalzo, al costado de la cama y sin animarme a encender la luz; había dado un salto y me había quedado duro en ese lugar; parecía imposible que aquello sonara dentro de mi cabeza. Me volví a tirar en la cama y por último me decidí a esperar. Ahora estaban pasando indicaciones a propósito de los pagos en cuotas de los muebles "El Canario". Y de pronto dijeron:

—Como primer número se transmitirá el tango...

Desesperado, me metí debajo de una cobija gruesa; entonces oí todo con más claridad, pues la cobija atenuaba los ruidos de la calle y yo sentía mejor lo que ocurría dentro de mi cabeza. En seguida me saqué la cobija y empecé a caminar por la habitación; esto me aliviaba un poco pero yo tenía como un secreto empecinamiento en oír y en quejarme de mi desgracia. Me acosté de nuevo y al agarrarme de los barrotes de la cama volví a oír el tango con más nitidez.

Al rato me encontraba en la calle: buscaba otros ruidos que atenuaran el que sentía en la cabeza. Pensé comprar un diario, informarme de la dirección de la radio y preguntar qué habría que hacer para anular el efecto de la inyección. Pero vino un tranvía y lo tomé. A los pocos instantes el tranvía pasó por un lugar donde las vías se hallaban en mal estado y el gran ruido me alivió de otro tango que tocaban ahora; pero de pronto miré para adentro del tranvía y vi otro hombre con otra jeringa; le estaban dando inyecciones a unos niños que iban sentados en asientos transversales. Fui hasta allí y le pregunté qué había que hacer para anular el efecto de una inyección que me habían dado hacía una hora. Él me miró asombrado y dijo:

—¿No le agrada la transmisión?

—Absolutamente.

—Espere unos momentos y empezará una novela en episodios.

—Horrible —le dije.

Él siguió con las inyecciones y sacudía la cabeza haciendo una sonrisa. Yo no oía más el tango. Ahora volvían a hablar de los muebles. Por fin el hombre de la inyección me dijo:

—Señor, en todos los diarios ha salido el aviso de las tabletas "El Canario". Si a usted no le gusta la transmisión se toma una de ellas y pronto.

—¡Pero ahora todas las farmacias están cerradas y yo voy a volverme loco!

En ese instante oí anunciar:

—Y ahora transmitiremos una poesía titulada "Mi Sillón Querido", soneto compuesto especialmente para los muebles "El Cometa".

Después el hombre de la inyección se acercó a mí para decirme en secreto y me dijo:

—Yo voy a arreglar su asunto de otra manera. Le cobraré un peso porque le veo cara honrada. Si usted me descubre pierdo el empleo, pues a la compañía le conviene más que se vendan las tabletas.

Yo lo apuré para que me dijera el secreto. Entonces él abrió la mano y dijo:

—Venga el peso. —Y después que se lo di agregó: —Dése un baño de pies bien caliente.

Carlos Martínez Moreno

La Muñeca

Servando, pensaba la maestra, nunca podrá ser el nombre adecuado para un niño. Es demasiado austero, demasiado senil. Hacer el amor con Servando puede tener un sentido, si se hace con un adulto; pero hacer con Servando, si se alude a un chico, parece un despropósito. Y además, el diminutivo no es factible. ¿Alguien podrá haberse llamado alguna vez Servandito? No es justo que una criatura humana cargue semejante nombre. Porque un viejo puede llamarse Servando. Pero para eso es necesario que, previamente, un niño se haya llamado Servando. Y eso no.

En compañía de Miguel, Servando iba por la playa. Invierno, media mañana. A esa hora, por la altura del sol, podía calcularse que los demás debían estar en el recreo. Campanillas, niños-no-corran, no-saben-jugar-sin-destrozarse-la-ropa? Ellos dos se habían hecho la rabona. Una rabona sin plan previo, porque sí, acordada sobre la hora misma de entrar a clase. La playa a unas pocas cuadras, un sol desteñido y pálido, el mar en bajante. Sin duda había estado mucho más crecido la noche anterior, porque sus pies se hundían en una arena blanduzca y embebida, dejaban la huella anegada con la forma de los zapatos.

Tampoco un niño puede llamarse Severo, y años atrás ella había tenido otro alumno que se llamaba así. El acto de los padres al engendrarlos puede ser instinto desnudo, un acto sin significación posible ni consecuencia responsable. Ponerles un nombre ya es el primer choque con el mundo, y a ese choque se revelan impotentes. No para concebirlos, sí para bautizarlos. Sólo la fornicación y el amor. Sólo eso.

A los once años que ellos dos tenían, lo que vieron —el ínfimo cuerpo a un lado de la canastita de mimbre, la canastita empapada y volcada como si originariamente hubiera contenido ese cuerpo y luego se le hubiese escapado— sólo podía darles la imagen de una

muñeca, o la de un retablo o la de un nacimiento, como se estila en las casas y por Navidad. ¿Por qué un nacimiento en el mar? Eso no podían haberlo razonado de golpe. ¿Un nacimiento en un buque y un naufragio inmediato? Pero el mar no habría traído la canastita y su muñeco —porque en tal caso pasaba a ser un muñeco, el Niño Jesús— para depositarlos tan casualmente juntos en la orilla, la canastita volcada, el muñeco a unos centímetros de la canastita.

Lo peor no es la inocencia de un chico de once años. Lo peor es su malicia. Es claro que ellos incorporan muchas palabras a su léxico sin pensar, y cuando anuncian "Su hijo, señorita", acatan una forma de respeto en el trato que les viene desde primer año. y que no reconoce particularidades de estado civil, evidencias genésicas ni familiares en contrario. La malicia no está allí. La malicia son las primeras miradas hacia abajo de la mesa, cuando previamente me han puesto nerviosa, cuando saben que mi inquietud se traiciona en el movimiento de mis piernas.

Se acercaron, pensando que la podrían poner en la canastita y que podrían —si no pasearla en triunfo (no había nadie en toda la desierta amplitud de la playa, no era ya tan temprano como para que los vareadores estuvieran bañando sus caballos en los extremos de la media luna de la bahía)— por lo menos llevarla al día siguiente a clase, ablandada por largas sumersiones como seguramente estaría, estropajosa como seguramente estaría, con reventones de hemorragia pajiza como seguramente estaría. Tampoco se lo dijeron. La vieron a un tiempo, exclamaron "Mirá" y fueron hacia ella. Pero Miguel, que fue quien llegó antes, se detuvo.

Conozco sus comparaciones y son lógicas. Aquella cosa mucilaginosa, aquel horror, ¿cómo podían decírmelo si no era tratando de avergonzarme como mujer, con la suposición de que aquello había sido hecho por otra mujer como yo y no por niños como ellos? Porque ellos eran culpables tan sólo de una rabona y, frente al hallazgo, esa culpa parecía tan venial que se sentían dispuestos a ser juzgados siempre que al mismo tiempo se diera espacio a su arrogancia de explicarse, a su derecho de preguntar; y siempre que se considerara el acto mismo de piedad por el que se sentían redimidos. "Parecía una rata, señorita".

Parecía una rata, sí. Una rata que tuviera la forma de un muñequito, de una muñeca. Una rata cartilaginosa y ensopada, una rata con boquita a un tiempo de rata y de niño, un niño hecho con una sustancia de rata y, lo que es peor, de rata desollada, de pequeña, desgraciada rata humana, como si un malvado se hubiera divertido sacándole la piel con un cortaplumas. Eso fue lo que vieron.

"Como una rata inflada, señorita". Claro, el estado edematoso, la horrible maceración de toda una noche en el agua. Pero además lo comprendo. Tenían que ocultarme lo otro, darme la idea de que lo peor era la hinchazón, los dos grumos en el lugar de los ojitos, un estallido de la piel en el sitio del sexo. No sé si empezaban a entenderlo hasta el fin, o si esperaban que yo se los dijera.

Se acercaron y, en un primer momento, no se animaron a tocarla. No se habían dicho que la pasearían en triunfo ni que, al día siguiente, hubieran de llevársela a la escuela, para regalarla a alguna de las niñas de la clase, a aquella que Servando o Miguel (¿quién podía pasar en definitiva por el dueño del hallazgo, quién fue el que dijo al otro "Mirá"?) secretamente prefiriese, tal vez amara. No lo habían dicho pero es probable que lo hubieran hecho. Una muñequita aporreada por el mar, el desecho de una muñeca de niña rica, a lo mejor de niña rica de altamar, llevada hasta la orilla de una escuela de barrio, ¿para qué hacerse tantas suposiciones sobre lo que pasaría con ella?

Los conozco, y creo que sé hasta dónde son capaces de llegar. Lo más grave, hasta ahora, había sido el episodio de la rabona anterior y de la bicicleta robada. Bueno... robada. La madre de Servando vivía resistiéndose a las palabras y sobre todo a los conceptos. Era una pobre mujer, casada con un hombre mujeriego, jugador y borrachín. ¿Tantas cosas a la vez, alguna de ellas acaso antagónica de las otras? Eso, por lo menos, era lo que se decía en el barrio. Una pobre mujer ilusa, que se ganaba a duras penas la vida y al mismo tiempo quería ganarse el cielo entregando en las casas, para pasar a recogerlos horas o días después, sin que casi nadie se los retuviese y comprara, ejemplares de una revista que anunciaba el Reino de Jehová. "Al profetizar en cuanto a estos mismísimos días en que vivimos —decía la revista— tiempos críticos en los cuales elementos egoístas, desaforados, estarían ejerciendo influencia en la entera sociedad humana para detrimento suyo, el apóstol Pablo incluyó en su lista de malhechores a los que son blasfemos, desobedientes a los padres, desagradecidos, a los que son sin amor de la bondad, a los que son testarudos, hinchados de orgullo, amadores de placeres más bien que amadores de Dios". La maestra tenía un ejemplar ofrecido por la madre de Servando, para que ella también —ya que educaba niños— conociese y tuviese ante sí, perennemente, el verbo de Dios. De ese modo, semejante al de los artículos de la revista, se expresaba la madre de Servando; y la maestra se había sentido un tanto estólida cuando había tratado de recordarle aquello otro de la caridad bien entendida, que no estaba en la Biblia y sí en el buen sentido (¿pero era solamente caridad?) cuando había tenido que exhortarla a que atendiera un poco más a su hijo y un poco menos a los ejemplares de La Atalaya distribuidos en las casas de muchas cuadras a la redonda, durante horas de la mañana y horas de la tarde, las mismas horas en que Servando hacía la rabona u olvidaba los deberes, las mismas horas en que jugaba a la pelota en la calle o saltaba sobre una bicicleta ajena (y en el curso de aquella conversación no había tenido aún la truculenta posibilidad de enrostrarle "o se topa con un feto en la playa", porque la conversación había ocurrido antes de aquella mañana).

La bicicleta estaba recostaba a la cerca de un jardín y tampoco aquella vez fue posible discernir cuál de los dos —Servando o Miguel— había sido el autor de la idea. La maestra se inclinaba a pensar que Servando, porque era quien mandaba al otro, porque era el más arriesgado y porque era quien confesaba haberla manejado. Habían tomado la bicicleta, habían salido a dar tan sólo una vuelta. "Eso se llama robo", recordaba haberles dicho la maestra, ante la consternación de la madre de Servando, ante la irritación del padre de Miguel, que quería —allí mismo, delante de la maestra— empezar de una buena vez la paliza que repetidamente estaba prometiendo a su hijo. La explicación de los muchachos era una sola, siempre la misma: pensaban devolverla. Sólo que aquella rabona había sido más allá de las cinco canchas, en una zona que no conocían, y se habían despistado más aún con las vueltas en la bicicleta. Servando le daba a los pedales, Miguel iba sentado primero en la horquilla y luego, ¡era más divertido!, en el manubrio, los pies colgando hacia adelante, las suelas de los zapatos rozando el asfalto. "¡Un par de zapatos por semana, así no hay plata que alcance!", gritaba desmesuradamente el padre. Se habían desorientado y no habían podido encontrar el jardín, reconocer la cerca, restituir la bicicleta. Se habían asustado, la habían metido en otro jardín cualquiera —tampoco podían precisar cuál de ellos— y la habían dejado acostada sobre el césped, oculta tras unos arbustos en herradura, que no acertaban a describir muy bien. ¿No la habrán tirado en la cantera, de puro abombados?,

preguntaba el comisario. No me hagan buscar por gusto. Estaban muy asustados, era igualmente difícil mentir o decir la verdad: dijeron que no. El libro de la Comisaría daba cuenta de una bicicleta robada, y podía localizarse el sitio de dónde la habían sacado. ¿Qué importaba eso ahora, si no daba cuenta de ninguna bicicleta devuelta? Seguramente un tercer ladrón, decía el comisario ("el verdadero ladrón", corregía la madre de Servando), la había encontrado entonces, había resuelto quedarse con ella. Después las disfrazan, decía el padre de Miguel. ¿Las disfrazan?, preguntaba cándidamente la madre de Servando, como si alguien pudiera estar pensando en el Carnaval a aquellas horas. Sí, las pintan de otro color... o las desarman, y venden por aquí el cuadro, por allá las ruedas, y lo demás lo tiran —ellos sí— a la cantera. Si alguien rastreara... ¿Para qué quiere toda esa porquería ferruginosa?, había replicado el comisario.

En cuanto la vieron y vieron que no era una muñeca sino una rata con forma de niño, se acordaron (tampoco se lo dijeron) que ya aquella vez de la bicicleta el Juez los había devuelto a sus padres bajo condición de buen comportamiento y tras una enérgica admonición (como él mismo había dicho: "Espero que no olviden esta severa reprimenda"). No se habían olvidado y tampoco se habían portado bien. Habían seguido matando gorriones a hondazos, rompiendo vidrios a pedradas, metiéndose en casas abandonadas en busca de aventuras y hasta colocando alguna grampa bajo las ruedas de los autos estacionados. Pero eran cosas más chicas que el robo de la bicicleta, y el Juez no volvería a saber de ellos. Ahora, en cambio...

Sí, esto me parece más grave que lo de la bicicleta. Más grave en el sentido del mal que hace a los restos de su inocencia. No más grave en el sentido de su culpa. Porque ellos van por la playa, se han hecho simplemente la rabona, ven junto a la orilla algo que creen una muñeca, se acercan y ¿qué puede haber de mal propio de ellos en todo esto? Sí, bueno, pero no sólo por el mal que uno causa expone su inocencia. También se sufre con el mal que uno encuentra en el mundo. Oh, estaba razonando como una página de La Atalaya: basta.

La vieron. Se parecía a una rata, o quizás a un murciélago: era como una criatura sin piel, minúscula, cruzada por cordoncitos, con ampollas en la barriga, como si hubiese estado toda la noche anterior en el agua y la hubieran mordisqueado los peces, aunque tal vez todo eso era una ilusión y no hubiese sido más que rozada por el agua. Se agacharon para verla mejor. Era minúscula, pero parecía terminada. Incluso podía saberse que, de haber vivido, habría sido mujer. Esto sí lo sabían.

Volaban unas mosquitas muy pequeñas alrededor. Todo en proporción: unas mosquitas como no se veían en tierra, chiquitísimas, que de todos modos —como si giraran en redondo sobre una mata de flores— no la tocaban. No despedía ningún olor, pero el agua que se encharcaba debajo tenía un aspecto desagradable, el de una baba segregada por el mismo cuerpo.

Nunca trae los deberes. Pero la madre, esa pobre mujer, firma en seguida los boletines de calificaciones y las cédulas enviadas al padre para que concurra a enterarse de la conducta de su hijo Servando. Los firma en seguida por temor a las brutalidades del padre, pero ni él ni ella vienen y Servando se jacta de su impunidad tras cada llamado, luego de cada boletín. ¿Y si se le prohibiera que volviese a la escuela de no ser con alguno de sus padres? Rondaría el edificio unos cuantos días, en tanto la madre anduviera vendiendo revistas que gritan desde el título "¡Despertad!", y de espaldas a lo que pasa, a lo que debería pasar entre ella y su hijo, entre Servando y los dos padres. Rondaría la escuela cuatro o cinco días, haciendo

una rabona sin disfrute, una rabona solitaria y errabunda de proscripto, despertando —él sí— la piedad de sus compañeros de clase. Hasta que en un momento dado se colara, se sentara en su banco, extrajera tal vez de su cuaderno unos deberes antiquísimos que algún día apuntó y nunca hizo, los prometiera como entrega a cuenta y hubiese que perdonarlo. "Yo soy el camino y la verdad y la vida", dicen las revistas que ella vende. Y explica velozmente a la puerta de las casas, hasta que se las cierran en las narices, "cómo es Jesucristo el camino al Padre", sin haber encontrado nunca el camino hacia el hijo ni hacia el padre de su propio hijo.

No era una muñeca y no iban a atreverse a tocarla. Servando descubrió allí mismo un listón de madera, también empapado. Les vendría bien para la operación proyectada: traer la canastita, cuya urdimbre pútrida amenazaba con despedazarse en la mano, apenas la estrujaran un poco, y arrimarla al cuerpo que, removido, parecía agrandarse o hincharse en el momento en que, empujando los flancos con el listón y levantando con la criatura también un poco de arena mojada (las mosquitas habían desaparecido) Servando lo allegaba al borde de la navecilla. Miguel manejaba la cesta como si fuese una cuchara, como si el cuerpo pudiera deslizarse desde la palanca del madero y caer allí dentro. A veces, después de un despojo furtivo, Servando había ensayado la cautelosa maniobra de volver una confitura a su molde de papel, haciéndola resbalar sin que se desintegrase hasta la forma de bordes ondulados que debería contenerla. Algo monstruosamente parecido era esto, sólo que esta vez la cosa trasegada era una criatura a medio hacer, esa cruza de rata y ser humano que veían, que casi llegaban a tocar. No se animarían a hacerlo, parecía frágil, esponjosa, impregnante. Sería como tocar excrementos o rostros de muertos o esas otras vergüenzas clandestinas que suelen flotar en el agua y de las que, desde niños, les habían enseñado a huir, sin explicarles por qué. Sería como tocar un aguaviva y un ratón, al mismo tiempo: algo urticante, gelatinoso, orgánico-podrido.

No se miraban mientras duró la operación. Hacerse la rabona, romper los vidrios de una casa deshabitada, ésas eran las cosas para las que se sabían preparados. "Él mismo cargó con nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, para que acabásemos con los pecados y viviésemos en la justicia. Al ofrecer su vida humana perfecta para la descendencia pecaminosa de Adán, Cristo hizo posible que el hombre imperfecto se acercara a Dios por medio de la fe". Servando había leído muchas veces aquellas pilas de revistas a distribuir —a cambio de dispensarse de los deberes, de las copias, de los problemas, de los resúmenes de historia y geografía— y habían quedado nadando en su imaginación, por muchos días, las graves palabras: al ofrecer su vida humana perfecta para la descendencia pecaminosa de Adán. ¿Aquello que levantaban ahora en la canastita, eso tan pomposo y poco cruel dicho en los papeles, tan cruel y no pomposo entre las asas de mimbre, sería la descendencia pecaminosa de Adán?

Pueden ya vivir una situación como ésta, pero todavía no saben referirla. Si les mando una composición titulada "El hallazgo", por ejemplo, seguramente lo escribirán mucho peor de lo que acaban de contármelo. Podría conducirles la imaginación, es cierto: piensen si no había resaca en la playa, como después de las crecidas, juncos de los que trae el río y vierte en el mar, tablas de cajones deshechos con fragmentos indescifrables de grandes letreros en inglés. ¿Habría gaviotas, merodeando sobre peces muertos o lívidas mitades de limones exprimidos, huellas como letritas chinas del ir y venir de patas en la arena? Digan todo eso primero y ya tienen el escenario.

Empiecen por la descripción y sigan con la parte de acción: es el esquema clásico. Bueno, pero acaso a ellos se les ocurriese de otro modo, y lo más interesante fuera poner a prueba su espontaneidad, dejar que empezaran el asunto por donde quisiesen, por algo que sucedió la noche antes en su casa o alguna vez perdida en su infancia, quién sabe. Libre asociación de ideas, digamos. Escriban con absoluta libertad todo lo que se les antoje. Sí, pero quizás eso los confunda sobre el alcance de su discrecionalidad literaria y se vuelvan groseramente insolentes, para merecer el castigo. Tal vez es lo que están esperando.

Hace unos años, teniendo sólo siete, Servando de la mano de la abuela, al pie de una torre de agua. La torre tiene una puerta muy baja y una escalera interna de caracol, que no subirán: la abuela es vieja y sufre del corazón, a él no lo dejarían aventurarse solo. ¿A qué han venido hasta allí, qué quieren, qué buscan? Su abuela ya está muerta y no podrá preguntárselo, la memoria tampoco se lo dice. Abren la puerta y sale un olor a moho, a bóveda y a encierro, un frío que confirma la existencia de la escalera —tal como se lo ha anunciado la abuela— antes aún de que la hayan visto. Entra un poco de la luz del día, un resplandor grisáceo en el tubo de la torre cilíndrica; y en la rodaja del suelo de piedra, manchado de luz sucia, la forma negra, como el capullo negro de una oruga gigantesca. La abuela avanza el regatón de su paraguas y toca, justamente en la sutura de las partes, en la línea sensible por donde aquella horrible cápsula se pliega. La valva abre entonces dos alas articuladas, como jirones de una cometa en hilos de teléfono, telas rotas pero que viven y palpitan. Los ojos de Servando se acostumbran a la poca luz: ve la ominosa cabeza calva y achatada, el orificio que hace de boca, su movimiento constante de succión. Es un murciélago, ¿habías visto alguna vez algo tan asqueroso? Pero la abuela sabe que no, que no lo ha visto antes y piensa que ni siquiera es necesario que le conteste, ya que ella afirma oblicuamente lo que pregunta. Absurdamente asqueroso, sentencia. ¿Cómo Dios podrá haber hecho una cosa así? Y si les pones un cigarrillo en la boca se lo fuman de una sola sentada, hasta consumirlo. Y cuenta que a la entrada de la gruta de Arequita, cuando ella era joven (alguna vez fue joven) no uno sino muchos, decenas de murciélagos, casi centenas de murciélagos la envolvieron al entrar y la aturdieron silenciosamente: disparaban hacia la luz y pasaban tocándole la cara, abofeteándole las mejillas, con una sensación de roce de fieltro, de fieltro peludo y húmedo, que la hizo casi desmayarse, enloquecer de asco, náusea, terror. Verdaderamente, ¿cómo es posible que Dios los haya hecho así? ¿O es que son trapos sueltos del Infierno?

"Señor padre: Esta vez es realmente imprescindible que usted concurra a mi llamado, para enterarse de problemas que conciernen a su hijo Servando". No podría liberarse de aquel papel deslizándolo por debajo de una puerta cualquiera, como si fuese un ejemplar de La Atalaya, y pasar a buscarlo tres días más tarde. ¿Lo rompería, se lo mostraría? ¿O iría ella misma, por más que la maestra hubiese comenzado por salteársela? Usted es demasiado indulgente, señora, le había dicho una vez, como si la indulgencia no fuera una virtud evangélica sino un penoso defecto. O como si debajo de la palabra indulgente estuviese escondiendo mentalmente otra: tonta, cándida, desprevenida, inservible. ¿Qué hacer?

A Miguel su madre lo revisaba cada mañana, antes de partir hacia el colegio. Tenía que llevar su pañuelo de bolsillo y Servando se lo pidió. Extendieron el pañuelo hasta cubrir la canastita y su carga. No había nadie en la playa, pero se habrían sentido aún más inseguros si la hubieran alzado tan cerca de ellos y de sus ojos, a

su vista y —en caso de que apareciese gente detrás de los tamariscos, empujando un bote, saltando desde los médanos— a la vista de todos. Era mejor así, cuidadosamente, como si fueran higos bajados a la siesta, preservados del calor sofocante. Después habría que tirar el pañuelo, decir que lo perdiste, o lavarlo refregándolo con toda la fuerza. Lavarlo siempre que se animasen a retirarlo y tocarlo cuando la entregasen, siempre que las autoridades consintieran en devolvérselo.

No había nadie tampoco en el puesto de la Prefectura, aquel puesto donde en verano ondeaba la bandera roja de los días en que estaba prohibido bañarse y la bandera cruz verde para auxilio de los días en que estaba permitido. Nadie. Rodearon la caseta, sacudieron la puerta, golpearon la ventana. Nadie. Y entonces, sin palabras, estuvieron de acuerdo: a la Comisaría. Ninguno de los dos podía haberse olvidado del asunto de la bicicleta. Y el comisario, apenas los viera aparecer juntos, también se acordaría. Sí, pero esta vez era una acción valerosa —altruista, como decían con cierta afectación los textos escolares— y tendrían que ponérsela en la cuenta contraria, en la de méritos. Aunque otra vez llamaran a sus padres, aunque posiblemente los dejaran detenidos a la espera de que el asunto se aclarase. Quizá sintieron que todo aquello crecería en los dos como un orgullo, como una graduación viril, como una prueba de la edad a que estaban llegando.

La primera pregunta del comisario —luego de las tres cuadras de recorrido, de las expectativas silenciosas del reconocimiento— fue una desilusión, la desilusión que los devolvía a su puesto de infancia. Tardó en llegar cuando lo reclamaron: la canastita estaba en el suelo, oculta por el mostrador de la Comisaría, para que el sargento no se sintiera autorizado a manejar personalmente el caso. "Vamos a ver, ¿qué pasa, chiquilines?". No parecía individualizarlos, recordar quiénes eran: el asunto de la bicicleta estaba tan muerto como la criatura que traían. "Esto", dijo Servando, y se encontró alzando hacia el comisario la canastita y poniéndola encima del mostrador, sacando el pañuelo y echándoselo al bolsillo, depositándola a pocos centímetros de sus ojos, a la altura de la moña azul desatada contra el marchito almidón de su túnica. "Lo encontramos recién en la playa". El comisario lo encaró sin mayor sorpresa, como si todas las mañanas le ofrecieran algo semejante. "Los hacen en la arena y los tiran al agua" —dijo parsimoniosamente, como reflexión dirigida al sargento, que se empinaba a mirar por detrás de su hombro—. Los hacen en la arena y los tiran al agua: como si fueran monigotes de un concurso de temporada, como si el amor engendrara instantáneamente a sus criaturas (hasta ellos sabían que no era así) y como si instantáneamente hubiera que desprenderse de ellas. "Peor que los perros".

El comisario levantó los ojos desde la canastita y pareció identificarlos. "Y ustedes... ¿qué andaban haciendo por la playa, en vez de estar en la escuela?". Aquello parecía intrigarle más que el hallazgo, más que la criatura que le traían. "Haciéndose la pelada, ¿eh?". Sintieron una súbita vergüenza, que anulaba su mérito. El comisario no demostraba interés por saber en qué sitio justo de la playa (¿y sabrían precisárselo?), por qué en la canastita, ninguno de los varios detalles imaginables. Y pasaba directamente al origen trivial de la situación: "Haciéndose la pelada, ¿eh?". Pero fue sólo un segundo y no demostró reconocerlos. En ese mismo tiempo, Servando tuvo la duda: ¿sería el mismo comisario? El uniforme era igual, la imponencia era igual, pero ninguno de ellos dos —lo convinieron al salir— podría haber asegurado que fuera el mismo rostro. "Bueno, sargento, tómele nombre y dirección a estos botijas". Y luego, resbalando sin detenerse sobre las caras de los dos: "Y ustedes vuélvanse en seguida a la escuela, o derechito a casa, ¿estamos?".

El cuchicheo de la mañana siguiente, la penitencia en que los hizo incurrir el cuchicheo pagaban la intención de propagarlo, de hacerlo saber. Lo habían sofocado hasta la hora del recreo, pero allí empezaron a contarlo: por fin había alguien a quien empezara a parecerle redondamente increíble, horriblemente maravilloso. Y las encarnizadas preguntas continuaron al volver al salón. "¿Qué significa todo este alboroto?", acabó por indagar la maestra. Y una de las alumnas, para desprenderse de la naturaleza contaminante del asunto: "Estos dos niños están contando impropiedades".

Tal vez ellos buscaron deliberadamente la penitencia, pienso ahora. Tal vez la provocaron, trataron de quedarse solos conmigo, para sondear mi calma. El psicoanálisis explica... Pero no. Todavía el caso los desborda como misterio, como responsabilidad, como episodio policial. Unos pocos días más y su erotismo incipiente...

Los miró, vio las cabezas depuestas sobre el papel, mientras esas cabezas no se miraban, no podían estar urdiendo nada, no podían dirigirse a la altura de las piernas de ella, buscando allí las oscuras razones. Estaban escribiendo cien veces "No debo faltar a clase sin motivo". Tomó entonces un par de hojas del cajón de su escritorio: por su parte, sólo le tocaba hacer dos veces la misma plana; y ni siquiera iba a ser del todo la misma plana, porque tendría que cambiar el nombre del muchachito: "Señor padre, empezó a escribir, esta vez es realmente imprescindible que usted concurra...".

Juan Carlos Onetti

La larga historia

Capurro estaba en mangas de camisa, apoyado en la baranda, mirando cómo el desteñido sol de la tarde hacía llegar la sombra de su cabeza hasta el borde del camino de arena entre plantas que unía la carretera y la playa con el hotel. La muchacha pedaleaba en el camino, se perdió atrás del chalet de techo suizo, un momento después volvió a aparecer, manteniendo el cadencioso ritmo del pedaleo, derecho ahora el cuerpo en la montura, moviendo con fácil lentitud las piernas, con tranquila arrogancia, las piernas envueltas en medias grises, gruesas, peludas, las piernas que mostraban sus rodillas. Frenó la bicicleta al lado de la sombra de la cabeza de Capurro y su pie derecho, separándose de la máquina, se apoyó para guardar equilibrio pisando el pasto mal crecido, ya amarillo, y enseguida se sacudió el pelo de la frente y miró al hombre inmóvil. Tenía una tricota obscura y una pollera rosada. Lo miró con calma y atención, como si la tostada mano que apartaba el pelo de las cejas bastara para velar su prolongado examen, ofreciendo el cuerpo contra el paisaje que se aplacaba en la tarde, los dientes en el cansancio, el pelo revuelto y aquella luz del sudor y la fatiga que recogía el reflejo del anochecer para cubrirse y destacar como una máscara fosforescente en la penumbra. Luego dejó la bicicleta sobre el pasto y volvió a mirarlo mientras sus manos tocaban el talle hundiendo los pulgares bajo la cintura de la falda, dejó de mirarlo y perfiló la cabeza, con las manos juntas en la espalda, sin

senos, respirando aún con fatiga, los ojos, hacia el sitio de la tarde donde iba a caer el sol. De pronto se sentó en el pasto, se quitó los zapatos y los sacudió, teniendo uno a uno los pies desnudos en las manos, refregándolos y agitando los cortos dedos, dejando ver por encima de los hombros los pies enrojecidos, removiéndose en el aire apenas fresco. Volvió a calzarse y se levantó y estuvo todavía un rato haciendo girar el pedal con rápidas patadas hasta que repitió su movimiento duro y apresurado y se volvió hacia el hombre que la miraba, con una expresión desafiante, la cara retrocediendo en la escasa luz, con un desafío de todo su cuerpo desdeñoso, haciendo participar en él el brillo de níquel de la bicicleta, las formas y los tintes de los árboles, todo lo que la rodeaba como segregado por ella. Volvió a montar y pedaleó detrás de las hortensias, detrás de los bancos pintados de azul.

Dentro de la habitación Capurro estuvo lavándose largamente las manos, abandonando los dedos en el agua jabonosa mientras se espiaba en el espejo, casi a oscuras, inmóvil hasta que pudo distinguir la delgada cara blanca sin sonrisa y se detuvo a mirarse desinteresado mientras pasaban por el jardín arrastrando algo y cantando a media voz. Se secó las manos y fue a buscar la maleta abajo de la cama, la arrastró con el pie y buscó sin mirar, apartó ropas y dos pequeños libros y sacó finalmente el diario doblado. En el sillón, cerca de las persianas abiertas miró el título: SE SUICIDA EL CAJERO PROFUGO y las manchas negras y grises de la fotografía del hombre que miraba con cara azorada, comenzando a reír bajo el bigote de puntas caídas, sintiendo —otra vez con la misma fuerza que en los días anteriores— que estaba para siempre recluido en un mundo particular y estrecho, sin más amistad ni presencia ni posibilidad de diálogo que lo que pudiera dar aquel fantasma de bigotes lánguidos. Arturo silbó en el jardín, trepó la baranda y saltó en la luz del balcón vestido con el abrigo de baño, sacudiendo la cabeza mojada mientras cruzaba la habitación, viendo al paso el gesto de Capurro que escondía el diario doblado entre la pierna y el sillón y rezongó: "Siempre el fantasma". Cerró las persianas, encendió la luz y se desnudó de pie sobre la cama.

—Y la barriga crece — dijo, mientras se pasaba la toalla por los hombros. No te creía capaz de eso, jugar al remordimiento como si vos lo hubieras matado. Y no vuelvas a preguntarme si en un mundo de veinte dimensiones vos sos el culpable de que se haya pegado un tiro.

Parado encima de la alfombra se oprimía el vientre con suavidad.

—Me voy esta noche, tengo que apurarme — siguió diciendo. Pero nunca le dijiste que se pegara un tiro, nunca le dijiste que robara para comprar pesos chilenos y cambiarlos por liras y las liras por francos y los francos por coronas y las coronas por dólares y los dólares por libras y las libras por águilas y las águilas por enaguas de seda amarilla o triciclos. No se lo dijiste, no le aconsejaste que robara. ¿Y entonces?

Flexionaba las piernas mientras se metía la toalla hecha una pelota bajo los brazos.

—¿Te vas esta noche? — preguntó Capurro.

—Claro, a las nueve. Ya tengo demasiada salud.

Se puso los pantalones y comenzó a abrochárselos frente al espejo.

—Y además —dijo—. No tiene sentido. Alguna vez me encerré con un fantasma. ¡Pero un fantasma con bigotes de alambre! Los fantasmas no salen de la nada, salen de la sustancia fantasmagórica. Si vos querés llamar sustancia fantasmagórica a un cajero de cooperativa con bigote de general ruso...

Capurro recostó la cabeza en el sillón y miró el techo desnudo.

—Tengo una culpa, en todo eso. La culpa de haberle hablado con entusiasmo, de haberle dicho las cosas de manera que él quedara seguro de que si usaba los diez mil pesos de la caja se haría rico.

Estás loco — dijo Arturo y se puso el saco silbando, se miró desde lejos, peinándose, en el espejo; después encendió un cigarrillo y puso un pie en el asiento de una silla. Todo eso es idiotez complicada. Bueno, la vida es idiotez complicada. Exceso de sutileza. Pero te voy a decir algo que podría curarte si fueras tan sutil como yo. ¿El usó correctamente el dinero robado, lo usó exactamente como le habías explicado?

—¿El? —Capurro se levantó riendo—. Vamos. Cuando vino a verme ya no había nada que hacer. Al principio compró bien, pero se asustó y estuvo haciendo disparates. Una bella combinación de divisas con caballos de carrera y ruleta.

—¿Ves? Certificado de irresponsabilidad. Te espero abajo.

Revisó su billetera y salió silbando y mientras se alejaba, Capurro pensó en el hombre que había pasado un rato antes por el jardín, arrastrando algo, una larga manga de regar, tal vez, cualquier cosa pesada y flexible que hacía sonar el pedregullo y se frotaba en el césped, despacio, cuando él miraba su rostro viejo hundido en el espejo.

Recién al comer la fruta, sentado frente a Arturo en el comedor, descubrió a la muchacha junto a una ventana, inclinada hacia el aire tormentoso de la noche, con un montón de pelo movido por el viento sobre la frente y los ojos, con débiles zonas de pecas —ahora, bajo el tubo de insoportable luz del comedor— sobre las mejillas y la nariz, mientras sus ojos acuosos miraban distraídos la sombra del cielo, los brazos desnudos cruzados sobre su traje de noche, amarillo, un hombro protegido por cada mano.

Un hombre viejo estaba sentado junto a ella y conversaba con la mujer que tenía enfrente, joven, de espalda blanca y carnosa vuelta hacia Capurro, con una rosa en el peinado sobre la oreja; y al moverse hablando, el pequeño círculo blanco de la flor entraba y salía del perfil distraído de la muchacha y cuando la mujer reía, echando la cabeza hacia atrás, brillaba la piel de su espalda, y la cara de la muchacha quedaba abandonada en la noche.

Capurro deseaba quedar en paz junto a la muchacha y cuidar de su vida mientras la miraba fumando, hasta que hubo un momento en que ella levantó los ojos, sin separar sus brazos cruzados, moviendo apenas la cabeza desde el cielo hasta la cara del hombre. Volvió a mirarlo como antes en el jardín, con los mismos ojos calmos y desafiantes, con idéntica provocación desdeñosa. Cómo soportaba él los ojos de la muchacha y revolvía los suyos contra la cabeza juvenil, escapando de allí para escarbar en la tormenta de la noche, para adherir a su mirada la intensidad del cielo y derramarla, imponerla en aquel rostro de niña que lo observaba inmóvil y sin expresión, dejando perder sin quererlo, sin saber, sin poder evitarlo, entregando a su cara seria y fatigada de hombre la dulzura y la humildad adolescente de las mejillas pecosas y del cuello, desde el paisaje ennegrecido en el jardín, atrás de la ventana.

Arturo sonreía fumando el cigarrillo.

—¿No la habías visto antes? —preguntó.

—Una vez. Esta tarde en el jardín. Antes de que volvieras del baño.

—Flechazo —dijo Arturo moviendo la cabeza—. Bueno. Y la juventud, la inexperiencia. Linda historia; pero hay uno que la cuenta mejor. Esperá.

El mozo se acercó y recogió los platos y la frutera.

—¿Café? —preguntó. Era pequeño, con la cara oscura, de mono.

—Bueno —dijo Arturo sonriendo—. Eso que llaman café. Pero el señor quiere saber sobre las excursiones en bicicleta de la señorita de la ventana.

Capurro se desabrochó el saco y miró hacia la muchacha, pero ya la cabeza había girado en dirección a la ventana y la manga negra del hombre de anteojos sentado junto a ella cortaba diagonalmente el traje amarillo y enseguida la cabeza con flor de la mujer de la pecosa espalda se inclinó cubriendo la cara pecosa, dejando solamente, como un rastro entre su propio pelo oscuro y la oreja del hombre de los anteojos, un grueso borde del pelo rojizo de la muchacha, pesado, grave en los bordes, llameante en la cresta que recibía la luz.

—Nada malo —seguía Arturo con el mozo—. El señor se interesa por el ciclismo y desea saber si la señorita... Decime. ¿Qué sucede de noche cuando papi y mami duermen o no quieren darse por vencidos?

El mozo se balanceaba sonriendo, la frutera vacía a la altura del hombro, removiendo los ojos oblicuos.

—Y, nada —dijo—. Ya sabe. A medianoche la señorita se escapa en bicicleta y se va a veces al monte, a veces a las dunas. Había empezado ponerse serio, sin malicia en la cara y hablaba como si supiera: —Qué le voy a decir. Ya sabe. Que vuelve despeinada y sin pintura, que una vez la encontré y me dió dos pesos sin decirme nada, me los puso en la mano. Ahora, dicen los pasajeros y aquellos muchachos ingleses que están en el "Atlantic" y vienen los sábados a bailar, que siempre tiene quien la espere y que nunca es el mismo. Pero yo no digo nada porque no vi.

Arturo se rió golpeando el muslo del mozo.

—Ahí tenés —dijo.

—Entonces, ¿dos cafés? —dijo el mozo, volvió a sonreír y se fue.

—Bueno —dijo Arturo—. Un plan de vida más interesante que masturbarse con un fantasma bigotudo.

Al dejar la mesa la muchacha volvió a mirar a Capurro, desde su altura ahora, una mano todavía enredada en la servilleta, fugazmente, mientras el aire de la ventana hacía moverse como un badajo de bronce el mechón de pelo sobre su frente.

En la galería, con la maleta y el abrigo en el brazo, Arturo le golpeó el hombro.

—Una semana y nos vemos. Buenos paseos en bicicleta.

Saltó al jardín y caminó hacia el grupo de coches frente a la entrada del hotel. Cuando Arturo cruzó las luces, Capurro se apoyó en la baranda y olió el aire. Volvió al dormitorio y fumó echado en la cama escuchando la música que llegaba interrumpida desde el comedor del hotel donde debían estar bailando ya a aquella hora. Encerró en la mano el calor de la pipa y fue resbalando en un lento sueño, en un mundo engrasado y sin aire donde avanzaba con enorme esfuerzo, boquiabierto, hacia la salida donde dormía la luz indiferente del día, inalcanzable, mientras el tiroteo regular bramaba en la sombra que le cubría las espaldas. Despertó sudando y fue a sentarse nuevamente en el sillón, respirando el aire de tormenta, con olor a mar, lerdo y caliente. Casi sin moverse arrancó el diario de abajo de su cuerpo y miró el título y la desteñida foto. Tiró el diario sobre la mesa, terminó de fumar la pipa, se puso un traje viejo, el impermeable, apagó la luz del dormitorio y saltó desde la baranda hasta la tierra blanda del jardín y el viento que hacía gruesas eses rodeándole la cintura. Luego eligió cruzar el césped hasta pisar el pedazo de tierra donde había estado la muchacha sentada por

la tarde, los pies en las manos y las nalgas achatadas contra el suelo. El monte estaba a su izquierda, los médanos a la derecha, todo negro y el viento golpeándole la cara. Oyó ruido y vio enseguida la luminosa sonrisa del mozo, la cara de mono junto a su brazo.

—Lástima —dijo el mozo—. La dejó perder.

Quería golpearlo pero sosegó enseguida sus manos que arañaban dentro de los bolsillos del impermeable y jadeó hacia el mar inmóvil, los ojos entornados, resuelto y con lástima por sí mismo.

—Debe hacer diez minutos que salió —continuó el mozo—. Sin mirarlo, Capurro sabía que el otro había dejado de sonreír y torcía su cabeza hacia la izquierda. Lo que puede hacer ahora es esperarla a la vuelta. Si le da un buen susto...

Capurro desabrochó lentamente su impermeable sin volverse, sacó un billete del bolsillo del pantalón y lo pasó al otro. Otra vez vio la sonrisa del mozo y adivinó alrededor de la sonrisa la cara ordinaria de mono, los pequeños ojos hacia las sienes, su distraído cinismo. Esperó hasta no sentir los pasos del otro que iban para el hotel, luego inclinó la cabeza, los pies afirmados en la tierra elástica y el pasto donde había estado ella, envasado en aquel recuerdo el cuerpo de la muchacha y sus movimientos en la remota tarde, protegido de sí mismo y de su pasado por una ya imperecedera atmósfera de creencia y esperanza sin destino, respirando en el aire caliente donde todo estaba olvidado.

Cruzó el monte de eucaliptus lentamente palpando los árboles bajo el viento, cerrando los ojos para defenderlos de los picotazos de la arena en la cara. Todo estaba oscuro y no pudo encontrar la llama del farol de la bicicleta de la muchacha ni el punto de brasa de algún cigarrillo de algún hombre que fumara sentado en las hojas secas, apoyado en un tronco, con las piernas recogidas, cansado, húmedo, contento. Estaba ahora al final del monte, en la playa, a cien metros del mar y frente a las dunas. Sentía heridas las manos y se detuvo para lamerse los dedos, mirando una luz que oscilaba dentro del agua. Caminó hacia el ruido del mar, pisó la arena endurecida de la orilla y dobló entonces a la derecha, buscando las dunas, el mar en el costado izquierdo de su cuerpo. Ninguna luz, ningún movimiento en la sombra, ninguna voz arrastrada por el viento. Abandonó la orilla y comenzó a subir y bajar las dunas, resbalando en la arena fría que entraba en sus zapatos, apartando con las piernas los arbustos, corriendo casi, feliz y rabioso, excitado como si no pudiera detenerse nunca, riendo adentro de la noche ventosa, subiendo y bajando a la carrera las diminutas montañas, cayendo de rodillas y aflojando el cuerpo hasta poder respirar sin dolor, la cara doblada hacia el movimiento del agua. Estaba solo en todo lo que era posible saber del mundo, siguió andando, triste y fatigado como si todos los pensamientos de desánimo hubieran logrado alcanzarlo en la arena y resbalando, cayendo de rodillas, irguiéndose encorvado, buscó sin entusiasmo, el camino de regreso al hotel, pensando en su cara, más afectadamente triste en el espejo del lavatorio.

Volvió a dormirse medio vestido sobre su cama como en la arena, la boca abierta, sintiendo que iba entrando en el sueño y la tormenta que estallaba, golpeado por los truenos, hundido y siempre sediento en el ruido rabioso de la lluvia.

Estaba nuevamente una mañana de verano en la galería. Terminó de afeitarse y salió para mirar el paisaje refrescado por la lluvia, mientras extendía en su cara, con ambas manos, los restos perfumados del talco. Vio tres niños correr cerca de la cancha de tennis y comprendió que su angustia podía mezclarse sin violencia con la mañana. Un ford azul roncaba subiendo la cuesta, detrás del chalet de techo rojo, salió al camino y cruzó delante suyo siguiendo hasta la puerta

del hotel. Vio bajar a un policía, a un hombre extraordinariamente alto con traje de anchas rayas y un joven vestido de gris, rubio, sin sombrero, al que veía sonreír a cada frase, sosteniendo el cigarrillo con dos dedos frente a la boca. El gerente del hotel bajó con lentitud la escalera y se acercó a ellos, mientras el mozo de la noche anterior salía de atrás de una columna de la escalinata, en mangas de camisa, haciendo brillar su cabeza retinta. Todos hablaban con pocos gestos, sin casi cambiar el lugar donde tenían apoyados los pies y el gerente sacaba un pañuelo del bolsillo interior del saco, se lo pasaba por los labios y volvía a guardarlo profundamente para a los pocos segundos extraerlo con un movimiento rápido y aplastarlo y moverlo sobre su boca. Los niños se habían sentado en la sombra, contra el tejido de la cancha. Capurro entró para buscar la pipa y al salir nuevamente a la galería, al darse cuenta de sus propios movimientos, la morosidad con que deseaba vivir y ejecutar cada gesto, como si buscara acariciar con las manos los gestos que éstas habían hecho, sintió que era feliz en la mañana, que podía haber otros días esperándolo en cualquier parte. Vio que el mozo miraba hacia el suelo y los otros cuatro hombres alzaban hacia él la cabeza.

El joven rubio tiró el cigarrillo lejos; entonces Capurro comenzó a separar los labios hasta sonreír y saludó, moviendo la cabeza, al gerente, y enseguida, antes de que pudiera contestarle, antes de que se inclinara, mirando siempre hacia la galería, golpeándose la boca con el pañuelo, alzó una mano y repitió el saludo. Volvió al cuarto para terminar de vestirse, puso una flor blanca en el ojal de su saco de franela. Estuvo un momento en el comedor, mirando desayunar a los pasajeros y después decidió tomar una ginebra, nada más que una, junto al mostrador del bar, compró cigarrillos y bajó hasta el grupo que esperaba al pie de la escalera. El gerente volvió a saludarlo y Capurro notó que la mandíbula le temblaba, apenas, rápidamente. Dijo algunas palabras y oyó que hablaban y el joven rubio vino a su lado y le tocó un brazo; todos estaban en silencio y él y el joven rubio se miraron y sonrieron. Capurro le ofreció un cigarrillo y él lo encendió sin apartar los ojos de su cara; después dio tres pasos retrocediendo y volvió a mirarlo. Le dio la espalda, caminó hasta el primer árbol del camino y se apoyó allí con un hombro. Todo aquello tenía un sentido y, sin comprenderlo, Capurro sintió que estaba de acuerdo y movió la cabeza asintiendo. Entonces el hombre alto dijo:

—¿Vamos hasta la playa en el Ford?

Capurro se adelantó y fue a sentarse junto al asiento del chófer. El hombre alto y el rubio se sentaron atrás. Capurro pudo ver al gerente hablando con el mozo, sacudiendo la cabeza hacia los costados. Había guardado el pañuelo y a cada momento alzaba la mano hasta el cuello. El policía se sentó en el volante y puso en marcha el coche. Enseguida se pusieron a rodar en la calmosa mañana; Capurro sentía el olor del cigarrillo que estaba fumando el muchacho, sentía el silencio y la quietud del otro hombre, la voluntad rellenando ese silencio y esa quietud. Cuando llegaron a la playa el coche atracó junto a un montón de piedras grises que separaban el camino de la arena. Bajaron, pasaron alzando las piernas por encima de las piedras y caminaron hacia el mar. Capurro andaba junto al muchacho rubio.

—Qué día —dijo el muchacho.

—Si no llovía nos hubiéramos muerto de calor —contestó Capurro unos pasos después.

Se detuvieron en la orilla. Estaban los cuatro en silencio, con las corbatas sacudidas por el viento. Volvieron a encender cigarrillos.

—No está seguro el tiempo —dijo Capurro.

—¿Vamos? —contestó el joven rubio.

El hombre del traje a rayas estiró un brazo hasta tocar al muchacho en el pecho y dijo con voz gruesa:

—Fíjese. Desde aquí a las dunas. Casi dos cuadras.

El otro asintió en silencio y después encogió los hombros como si aquello no tuviera importancia. Volvió a sonreír y miró a Capurro.

—Vamos —dijo Capurro y todos regresaron sin hablar hasta el automóvil. Cuando iban a subir, el hombre alto lo detuvo.

—No —dijo—. Ahí enfrente.

Enfrente había una casa y un galpón de ladrillos manchados de humedad. El galpón tenía techo de zinc y letras negras pintadas arriba de la puerta. Esperaron mientras el policía entraba en la casa de al lado y volvía con una llave. Capurro se dio vuelta para mirar el mediodía cercano sobre la playa, el policía separó el candado abierto y entraron todos en la sombra y el frío. Las vigas estaban untadas de alquitrán y colgaban pedazos de arpillera del techo. Mientras caminaban Capurro sentía crecer el galpón, más grande a cada paso, alejándose la mesa larga formada con caballetes que estaban en el centro. Miró la forma estirada pensando "quién enseña a los muertos la actitud de la muerte". Había un charco estrecho de agua en el suelo y goteaba desde una esquina de la mesa. Un hombre descalzo, con la camisa abierta sobre el pecho colorado se acercó carraspeando y puso una mano en una punta de la mesa de tablones, dejando que su corto índice se cubriera enseguida, brillante, del agua que no acababa de chorrear. El hombre alto estiró un brazo y destapó la cara sobre las tablas dando un tirón a la lona. Capurro miró el aire, el brazo rayado del hombre que había quedado estirado contra la luz de la puerta sosteniendo el borde con anillas de la lona. Volvió a mirar al rubio sin sombrero e hizo una mueca triste.

—Mire aquí —dijo el hombre alto.

Fue viendo que la cara de la muchacha estaba torcida hacia atrás y que parecía que la cabeza, morada, con manchas de un morado rojizo sobre un delicado morado azuloso tendría que rodar desprendida de un momento a otro, si alguno hablaba fuerte, si alguno golpeaba el suelo con los zapatos, simplemente si el tiempo pasaba.

Pero la cabeza con un pelo endurecido, la nariz achatada, la boca obscura, alargadas las puntas hacia abajo, lacias, goteando, permanecía inmóvil, invariable su volumen en el aire sombrío que olía a sentina, más dura a cada paso su mirada por los pómulos y la frente y el mentón que no se resolvía a colgar. Le hablaban uno tras otro, el hombre alto y el rubio, como si realizaran un juego, golpeando alternativamente la misma pregunta. Luego el hombre alto soltó la lona, dio un salto y sacudió a Capurro empuñándole las solapas; pero no creía en lo que estaba haciendo, —bastaba mirarle los ojos redondos— y en cuanto Capurro hizo una sonrisa de fatiga el otro le mostró rápidamente los dientes, con odio, y abrió la mano.

—Bueno. Ya basta — dijo Capurro y todos se callaron, mientras seguía goteando la esquina de la mesa. Miró al joven rubio que esperaba con el cigarrillo entre los dedos frente al pecho, dirigió la cara hacia la muerta y se detuvo observando las arpilleras que colgaban desde el techo. Sólo tenía para contarles una historia larga, entrecortada, llena de momentos brillantes y misteriosos que nada tenía que ver con aquello que interesaba a los hombres de pie en el galpón, mirándole la boca, que acaso tampoco tuviera relación con nada concreto que él pudiera imaginar. Hizo a cada uno un corto gesto de amistad y giró para salir, creyendo que iban a detenerlo en cada paso, pero oyó enseguida que los hombres lo seguían sin tocarlo, sin hacerle ya ninguna pregunta, sin prisa, como

si acabara de contarles la larguísima historia y todos marcharan sin propósito, un poco inclinados por el cansancio de escuchar, escuchando ahora el susurro intermitente que la historia sin medida iba haciendo dentro de la cabeza de cada uno.

Armonía Somers

Ficha biográfica para proyecto monumental

Carta a Juan

"Mi querido Juan: Si tú estás tan bien ahí, a qué gastar tanta fuerza en movimientos vibratorios, en búsquedas de quién sabe qué, en pataleos para encontrar qué, en cabezazos contra la noche ácuea del qué, del qué, del qué...".

Todo eso él lo oía decir por ciertos dispositivos parlantes colgados del cosmos. Pero el chiquitito de cabeza microscópica se guardaba un almacenamiento de voluntad de los mil demonios, como una semilla (lo era) como un huevo (lo era). Y decidió seguir adelante.

La playa negra

Anduvo sus buenos meses fabricándose el equipo para zambullir hacia este lado desconocido desde donde le había gritado que NO, y precisamente a causa de eso. Tenía ya hasta pelos y uñas en la coraza, cuando se largó rompiendo lo que encontraba por el camino con la ceguera de un tanque anfibio capaz de todo. No lo conmovió que alguien se doliera ferozmente por su causa, y salió chorreando humores ajenos. Era un proyecto de hombre y estaba bañado en mujer líquida. Tenía el cuerpo pegajoso y bastante maltrecho por el forcejeo. Pero ya estaba allí, eso era lo que había andado buscando contra viento y sangre. Y no le importaba que sólo se distinguiesen más que formas vagas. Lloró para gastarse un poco. Y también a fin de molestar a los bultos ciegos de la playa negra donde había varado. Porque de eso no cabía duda, luego de embicar encalló ruidosamente.

Los depósitos

Empezó a mover la industria. Estos son los depósitos que documentan su pasaje a través de unos diez años. Las cosas fueron arrojadas por alguien con el desgano de la entrada en desuso. Pero como por casualidad el depósito era una habitación de vidrio, las eras geológicas de Juan quedaron armoniosamente determinadas de abajo a arriba. Necesario, pues, mirarlas siguiendo la flecha. Hay algo que se repite siempre en las capas estratificadas y son los zapatos. Sólo el tamaño y los estilos fueron diciendo que Juan los llevaba locos a todos caminando siempre con las puntas de aquellos botines hacia el futuro.

El mirador

Atisbó por el agujero de una cerradura y vio cosas. Las cosas eran de tal sugestión que lo dejaron atorado con el caramelo que estaba chupando. Pero cuando las describió como sabidas provocaron la catástrofe. ¿Lo malo era entonces haberlas visto o que alguien las hiciese tras las puertas cerradas? Como para esperar que le dijeran el nombre... Fue a la calle y lo trajo. El nombre de las innombrables venía tan disuelto en su saliva que no se le apartaba jamás de la lengua. Un golpe bien dado en la boca le hizo mover la raíz de un diente de segunda edición. Pero las innombrables no aflojaron. Cuando volvió a mirar una noche de nuevo por el ojo de la cerradura, y vio que habían dejado la luz prendida, y les gritó: "Ustedes están... ¿no es así?", esa vez casi murió en la contienda.

Prueba de fuego

Después de recibir la gran punición hizo fiebre. Fueron quince días de horno, girando como una partícula ciega en el infrarrojo absoluto.

La ruptura

Salió de allí derechamente a la guerra sin cuartel con todo, con todos. Vamos a tender la línea divisoria con los viejos mitos, dijo. Y empezó a romper por turno: puertas, porque se cerraban sólo para él, sillas por el hecho de que sirvieran para sentarse. Y mesas, y espejos de pared. Estos fueron de lo mejor: con la botella del agua de colonia el estrépito era perfecto.

Motivo para solo de guitarra

Una mañana salió a la calle cuando no habían llegado aún los recolectores de basura. El tacho de su casa olía mal, como todo lo de puertas adentro. Pero había quedado una flor parada sobre su tallo en medio del aquelarre de la inmundicia. El se topó por primera vez con un símbolo concreto y lo acogió como si tal cosa. Pasaba en ese momento una chica rubia, de pelo lacio y senos alimonados. Lo vio con la flor en la mano y extendió la suya. Entonces él se sintió obligado a sacar la flor de cualquier parte. Porque justamente él y la chica se cruzaban todos los días, con los mismos libracos sucios bajo el brazo, aunque en distintas direcciones.

Silencio brusco

Un día que a la muchacha se le estaba casi por rasgar el tejido de lana que le oprimía los senos, y cuando él extendía la sudada flor (un jardinero acababa de apuntarle con la manguera de riego), ella se paró en jarras y le dijo:

—Al diablo con tu flor. Yo quiero encontrarme contigo porque el pulover no me da más. Y otras piezas tampoco quieren más. Y de noche sueño de todo.

El se quedó flojo escuchando. Luego, del fondo de su voz de gallo, sacó la pregunta más inocua que pudiera haberle salido:

—¿Y qué hacías con la flor?

Ella lo miró con unos ojos llenos de agua celeste como para abrevadero de ángeles. Y luego de mostrar los dientes de propaganda del dentífrico más conocido, le contestó:

—La tiraba en la boca de tormenta. ¿Qué querías que hiciera? Mi amiga Caterina tiene celos de todo...

El tragamonedas

Fue él también en busca de la primera boca de tormenta y arrojó los libros. Corrió luego hacia un salón oscuro lleno de aparatos, echó su moneda en la ranura y el aparato le vomitó en la cara una música rota en pedazos. Aquello le zarandeaba la sangre. Luego, al acabarse el disco, la sangre quedaba quieta por unos minutos y era su primera paz hasta la otra moneda. En una de esas, entre paz y música, fue cuando lo sintió. Estaba en el centro del cuerpo y era un calor distinto al del sarampión y otras pestes. Se imaginó apagando el incendio con la muchacha de la flor. Y de repente la llama empezó a ceder hasta venirse abajo.

—Nunca —se oyó decir entre dientes— nunca con esa perra que tiraba la flor al caño. Debe haber miles como ella, pero que no le conozcan a uno sus historias íntimas.

Las camas

Las camas se acumularon. Pero no en el depósito de vidrio, porque eran prestadas, alquiladas. Y a veces ni existían. Quedaba el hueco del cuerpo haciendo el amor en la hierba del parque o en las arenas de la playa, y después también eso se borra. Pero cuánto mejor que andar regalando flores. Los amigos contaban lo suyo y era lo mismo: ellas aparecían por todos lados. Estaban a la mano y no necesitan flor. Le olían a uno en el aire y venían de lejos a buscarle como ciertas mariposas en sus amores ciegos. Lo único bueno que había leído en los libros era esa anécdota. Volvió en procura de unos usados. Tenían las huellas del dedo, las leyendas y subrayados de cinco generaciones, y eso los hacía más humanos. Entre cama y cama, y libro y libro, y miedo y miedo, logró llegar a algo.

Es claro, pero...

Es claro que también había árboles y parques para el olvido. Y unos hombres fanáticos que leían la Biblia en las ferias dominicales, mientras el de al lado pelaba una gallina y el otro envolvía orejas y patas de cerdo. En cuanto a esto él nunca supo qué hacer. Y entonces se quedaba en el medio, siempre sería mejor la solución ecléctica. Pero la cosa se venía de noche cuando ya se cerraban los supermercados y las oficinas y los consultorios. Y Juan se había hecho su hartazgo de mujer, y algunas veces hasta de hombre, y se quedaba solo.

La redada

Un día, entre engaño y gloria posible, lo capturaron unos encapuchados y lo llevaron junto con otros a un cuarto que oyó llamar como de entrenamiento. Allí perdió la noción de los colores y las formas del mundo. Cierta vez su cerebro fue sacado de la caja de huesos del cráneo y, como un molusco esferiforme, trepó por la pared y pareció meterse en un reloj donde funciona el mecanismo que hace mover el péndulo. Y entonces supo lo que era batirse como si fuesen a transformarlo en manteca. Luego oyó que no era eso, sino que lo estaban adiestrando para proyectarlo lejos. Le hacían también marchar siempre en el mismo sitio sobre unos escalones

que se fugaban continuamente bajo el pie, de modo que nunca se sabrá si se caminó quilómetros o se estará en el punto cero de la famosa distancia equis. Y así, después de vejarlo de mil modos, incluyendo el no poder ni disfrutar de la música que emanaba de todo aquello (palancas, escalones móviles, cremalleras, timbres, martillos sordos) le metieron en el cigarro infernal que iban a fumar hacia el infinito y le dieron fuego desde la base.

La estrella descastada

En un segundo algo no quiso responder al programa. Hubo una fracción minúscula de tiempo en que el pobrecito supiese lo que era estallarle el estómago, la pequeña arteria, la pequeña vena, el pequeño nervio de cada muela y el bulbo diminuto de cada pelo. Y se deshizo el todo - Juan tan prolijamente fabricado en aquellos nueve meses, transformándose en una estrella que se descuelga. Y entonces aquella muerte horrenda se equivocó de cementerio. Y en vez de una isla sola suspendida del vacío donde nadie pudiera acertar el sitio, y la chica de la flor no volviera nunca más a hacerle aquello, la nave en llamas con Juan derretido adentro cayó al mar. O el asunto de nacer de nuevo para que alguien volviese a escribir la misma historia en una enciclopedia ilustrada a todo color. Amén.

Cinco grandes representantes de la narrativa uruguaya actual, al expresar espontáneamente su visión del mundo, ofrecen una repentina fascinante y válida imagen de la sociedad montevideana contemporánea.

ENCICLOPEDIA III URUGUAYA

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A.
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada
en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel
Mayo de 1968.